



Meditación para matrimonios
Catedral de San Isidro - Cuaresma 2020
P. Carlos Avellaneda

De la agonía del deseo al ardor del amor
Sobre nuestros desánimos y anhelos vitales

Introducción

Buenas noches a todos. Este año elegí para reflexionar con ustedes un tema que atraviesa todas las sagradas escrituras de la Biblia, la espiritualidad cristiana y el psicoanálisis. Me refiero al “*deseo*” como la expresión más íntima de nuestra propia persona que busca su plenitud y donde encontramos un secreto pero intenso eco del amor de Dios por cada uno de nosotros que nos desea y por eso no cesa de atraernos hacia él.

El título de nuestra charla alude en primer lugar a la *agonía del deseo* y a *nuestros desánimos* ¿Puede el deseo extinguirse o apagarse? Varios autores hablan de una nueva enfermedad: el eclipse o el ocaso del deseo. En las sociedades consumistas de occidente, el hombre padece una nueva esclavitud o dependencia, la de buscar incesantemente el consumo, el disfrute y la diversión que lo saquen del aburrimiento, pero que lo dejan siempre insatisfecho.

En esos casos la intensidad del deseo es capturada por la oferta consumista que pone delante de nosotros el espejismo de una felicidad comprada: cosas, experiencias y viajes, que brindan una saciedad fugaz, no plena ni duradera. Con una fe fetichista puesta en los objetos y su promesa de felicidad, esperamos siempre más satisfacción y plenitud que las que las cosas puedan darnos. Sobre todo, porque el objeto deseado sobre el cual proyectamos nuestras expectativas, una vez poseído, parece perder su encanto y no nos brinda todo lo que nos prometía.

Es probable, además, que algunos se sientan presionados por el propio ambiente social, familia y amistades, y se lancen a la carrera de comprar, viajar y disfrutar, intentando alejarse del fracaso que supondría no poder hacerlo tanto como lo hacen los demás. En la sociedad del disfrute muchos se ven devaluados y frustrados si no pueden gozar de los beneficios de su medio social. Obviamente que está muy bien consumir y disfrutar. La cuestión es qué valor le damos y qué expectativas depositamos en el tener y gastar. Porque está claro que el hedonismo, el disfrute de los placeres y el consumo

compulsivo sacian deseos momentáneos, pero no garantizan la felicidad. Necesitamos aprender a escuchar nuestros anhelos, porque somos más que consumidores.

Esas actitudes de posesión, consumo y descarte se suelen trasladar a los vínculos humanos, pretendiendo que las personas sean una fuente de gratificación para nosotros, como si fueran un objeto, algo que hemos conseguido con ese fin. Y así como se descartan las cosas que ya no satisfacen, también muchas personas viven sus amores de manera descartable, ya que no los gratifican como esperaban.

El deseo secuestrado por la seducción de cosas y las experiencias placenteras termina dispersado por su propia compulsión posesiva. La cultura hedonista termina en el colapso del deseo que se nota en estos síntomas patológicos, cada vez más comunes: *anorexia, apatía, abulia, acedia, depresión, desinterés, soledad, melancolía y desesperanza*. Una reciente nota del diario Clarín nos habla de la actual generación de adolescentes apáticos y abúlicos, con escasa conexión emocional. Y desde hace unos años varios autores hablan del vacío, el cansancio, la decepción y la agonía del deseo en nuestra sociedad.

Por otro lado, y mirando ahora a la Argentina, tengo la impresión de que el deseo parece estar colapsando en muchas personas por la inacabable crisis social y política que crece año tras año. La corrupción, la pobreza, la recesión y la falta de oportunidades generan una gran desilusión y desánimo en muchos argentinos, en particular en tantos jóvenes que migran a otros países para buscar y encontrar lo que desean: un proyecto posible. Desde hace tiempo la Argentina desanima y conspira contra el deseo creativo y generador.

Aunque sea paradójico, por un lado, el consumismo compulsivo no sacia nuestros deseos más profundos, al revés, nos deja vacíos; y, por otro lado, la falta de oportunidades profesionales y económicas en nuestra patria también nos desanima, arrojándonos al pesimismo y el desinterés.

El deseo

Pero, ¿qué es el deseo? ¿Cómo surge? ¿Qué lo sacia? No es fácil definirlo, porque posee varios niveles de significación. No existe una sola versión del deseo. Existen diversos rostros del deseo y durante el año iremos reconociéndolos y profundizándolos.

Por un lado, el deseo alude a lo más íntimo del sujeto, a lo esencial de su vida, y al mismo tiempo, la experiencia del deseo no es una experiencia provocada ni controlada por el sujeto. Y aquí se da una gran paradoja. El sujeto no es el amo y señor controlador del propio deseo, aun cuando el deseo es aquello que define lo más propio de sí mismo. Esto significa que no soy yo el que desea, sino que es el deseo que desea más allá de mí propio yo (consciente). Podríamos decir que no soy yo el que desea, sino que es el deseo el que desea en mí.

El deseo expresa lo profundo de mí, pero no surge en mí porque yo me lo proponga; al revés, es él el que se me impone. Por eso el deseo no es lo que me planteo libre y conscientemente, sino lo que, surgiendo de mi carencia y mi insatisfacción, me impulsa a la búsqueda de algo más allá de mí. El desafío es reconocerlo, escucharlo, interpretarlo y subjetivarlo, es decir, vivirlo como propio. Para concretar esto debería preguntarme: “¿qué haré con mi deseo?”

El deseo siempre nos remite a otra cosa, a otra experiencia, a otro vínculo. Nos llama hacia lo nuevo. Se asemeja a un exilio permanente, a una búsqueda inquieta que no

puede nunca encontrar el apagamiento que busca tan afanosamente. El deseo no es posesión, es expectación. Esta dimensión del deseo contrasta con la experiencia del “encuentro amoroso” que posee el poder de detener la fuga compulsiva y repetitiva del deseo. El amado no se deja reemplazar por otro. Su cuerpo resiste al recambio con otro cuerpo y su persona con otra persona. En la relación de pareja, el deseo está llamado a transformarse en amor, como veremos más adelante.

El origen del deseo

Solo a partir de nuestra condición de seres separados, adquirida desde el día y por el hecho mismo de nuestro nacimiento, podemos acercarnos a comprender la dinámica originaria del deseo humano. En alguna medida, existe en nosotros de modo permanente una aspiración a la fusión, a la recuperación de un estado originario (cuya representación simbólica es la situación intrauterina) en el que no tendría lugar distancia ni diferencia alguna.

Somos sujetos separados y, en cuanto tales, permanente deseantes. El sujeto es el sujeto del deseo, que es como nuestra esencia. Eso tiene que ver con el hecho de que la separación primera supone un desgajamiento que nos constituye esencialmente como falta. Pero una falta, que en su origen es tan radical, que de ninguna manera puede ser asumida y aceptada. Por eso mismo, el hombre no podrá sino desear.

El deseo es una mezcla de distancia y atracción, de imposibilidad e inconformismo. La lejanía no es solo lejanía, es una fuerte necesidad de superarla. Y la ausencia no es solo ausencia, es una expectativa que moviliza.

La separación, la ausencia y la falta será siempre como una herida abierta, una falta de ser, que abre y origina la fuerza de lo que llamamos deseo. El deseo pulsional no manifiesta solo nuestra *falta de ser*, sino también, de un modo muy radical, nuestro *anhelo de ser*. Usando un lenguaje más espiritual y filosófico diríamos que somos seres incompletos que buscamos la completitud que nos sacie, la fusión que nos redima; seres finitos que aspiramos a la infinitud porque a ella fuimos llamados.

¿Qué deseamos?

El objeto del deseo es oscuro. Se satisfacen las necesidades y se realizan ciertas aspiraciones, pero el deseo puede encontrar realización solo metafóricamente. Solo se satisface a partir de sustituciones: un amor, un proyecto, una aventura. Pero bastará alcanzar estos objetos del deseo para comprobar que, en realidad, el objeto verdaderamente añorado no estaba a nuestro alcance. Por eso toda satisfacción abre inexorablemente a una nueva insatisfacción.

Como lo que busca nuestro deseo es fusión y totalidad, la frustración aparece siempre de algún modo, incluso cuando realizamos nuestros más ardientes deseos. Comprendemos así la importancia de aprender lo que llamamos “tolerancia a la frustración”, “aceptación de las limitaciones”, “asumir nuestra carencia”. Solo así podremos evitar la tentación de la violencia contra el que provoca la frustración o contra uno mismo, en forma de autoagresión.

Se satisfacen las necesidades. El alimento calma el hambre y el agua apaga la sed. Estos objetos logran restablecer el equilibrio perdido de la tensión provocada por la necesidad. Pero no hay objeto para extinguir el deseo y, por eso mismo, son infinitos los objetos que pueden parecernos propicios para apagar su sed.

“El deseo del hombre es el deseo del Otro”, enseñaba Lacan¹. La experiencia del deseo nos sitúa siempre más allá de nosotros, ante una trascendencia, una alteridad, un Otro (no necesariamente alguien en concreto, sino Algo que no soy yo). No es fácil reconocer que tenemos sed y que deseamos, porque la sed es un dolor que descubrimos poco a poco dentro de nosotros. No es una simple incomodidad, es una herida abierta. La soledad es deseo carenciado, es deseo de Otro. No nos saciamos a nosotros mismos, sino de otros que pueden estar disponibles. Deseamos al otro: su presencia, su hospitalidad, su palabra, su cuidado y su afecto. Deseamos amor, ser mirados, reconocidos, deseados. Y aun así esta saciedad siempre será incompleta. Siempre permanecerá en nosotros esa sed de vida que es un cierto dolor. Y como un niño de pecho llora por hambre de alimento y de amor, también nosotros lloramos por nuestra sed de relación, nuestra sed de amor, nuestro anhelo de fusión y completitud. Escuchemos nuestro llanto y pensemos cuáles son hoy nuestras lágrimas lloradas y también nuestras lágrimas no lloradas. Ellas hablan de nuestro deseo que clama ser atendido y comprendido.

Como seres carentes y separados deseamos la totalidad, aspiramos a un encuentro que nos complete, anhelamos saciar nuestra sed de infinito. “*Nos hiciste Señor para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que no descansa en ti*”, decía San Agustín. En la unión con Dios, el deseo completará su mayor expectativa de fusión amorosa y ausencia de limitación. En la experiencia mística el deseo muestra de modo eminente su última pretensión de totalidad y de eliminación de cualquier distancia con el objeto amado. Ya lo vamos a profundizar más adelante.

El deseo y la Ley

La Ley, la norma y la prohibición siempre acompañan la dinámica del deseo. Donde hay sexualidad hay Ley. Donde hay sociedad y cultura hay limitación y estructuración obligada del deseo pulsional. Como el deseo es ilimitado en su pretensión, por eso necesita el límite de la Ley que me dice que no todo es accesible y posible, que es necesario asumir la falta, la ausencia, la carencia y la soledad como condiciones de la propia existencia. Solo así la fuerza del deseo es vivida como un movimiento de apertura y vinculación. La falta, que forma parte de nuestra vida, no es una maldición, sino oportunidad fecunda de búsqueda, complementación y enriquecimiento.

En realidad, el deseo humanizado no alude a un disfrute ilimitado, sin Ley, errático, privado de responsabilidad, compulsivo y desregulado, sino más bien, a la capacidad de trabajar, de emprender, de proyectar, de animarse, de ser creativos, de amar, de compartir, de abrirnos a los demás, de ser fecundos y entonces gozar de esa plenitud. Por eso el deseo nos remite siempre al escándalo de una insatisfacción que se renueva constantemente, pero también a la fecundidad, a una existencia orientada por el horizonte de una esperanza, un porvenir, una visión, un sueño, un don y una posibilidad.

¹ *Écrits*, París, 1966 ; *Le Seminaire*, XX, París, 1975.

El límite que la Ley pone al deseo nos dice que no se puede tener todo, gozar de todo, saber todo, ser todo. En la relación de pareja y con los hijos, es clave asumir este límite porque libera a los demás de ser todo lo que yo deseo y necesito, porque no lo son ni lo pueden ser. Nadie puede ser todo para nadie. La reconciliación con el límite de nuestras relaciones no es una resignación conformista. Es una humilde y valiente aceptación de sus posibilidades que hay que explorar con paciencia y humildad.

Como seres separados podemos ser compañeros y solidarios unos de otros. En los diversos modos de una relación -el amor apasionado de la pareja, el compromiso fiel de la amistad, la solidaridad con el prójimo- podemos acompañarnos, pero aceptando que esa compañía nunca podrá eliminar la distancia y la diferencia que respeta nuestra carencia más íntima y constituyente. Toda comunión y encuentro entre dos subjetividades es necesariamente y, al mismo tiempo, presencia y ausencia.

Esto nos remite a la figura simbólica del padre: presencia y ausencia, imagen de la Ley que organiza el deseo, no que lo reprime ni sofoca. Esta es la función paterna: ser testigo de un deseo en alianza con la Ley. Un padre que impone una Ley diciendo solo lo que no se puede y no contagia el deseo a sus hijos, el deseo que hace que ellos deseen, ese padre no vivifica, no da vida a sus hijos.

Sólo un padre que encarna la pasión del deseo, puede transmitirla a sus hijos. ¿Qué significa la pasión del deseo?: significa dar un testimonio personal y singular del propio deseo, de tal manera que el hijo reciba vida de su padre, no sólo un modelo ético válido para cualquier otro hijo. El testimonio siempre es singularísimo y particular: “¿por qué vivo y por qué quiero vivir? ¿a qué me entrego, qué amo, qué sueño qué busco?”. El hijo no tiene que querer lo mismo que su padre, desear su mismo deseo. Por el contrario, el deseo del padre debería encender el propio deseo en el hijo, su deseo, no el de su padre. Un deseo unido a la Ley.

Solo el deseo humanizado por el límite y la aceptación de la carencia que es propia de nuestra finitud, es capaz de cuidar la vida y no disiparla en la vanidad y el vacío. La maduración del deseo pide renunciar a la totalidad del capricho y morir al incesto de lo ilimitado, para poder resucitar como anhelo de una felicidad plena a la que hemos sido llamados ya desde ahora, pero que solo gozaremos plenamente en el cielo. Los cristianos llamamos a este anhelo: “esperanza”.

El que renuncia a la satisfacción total de sus deseos, no por ello claudica en la búsqueda de lo que desea y espera. Al revés, la humilde moderación de las expectativas de nuestros deseos, nos abre a ese Deseo con mayúsculas que nos constituye. San Juan de la Cruz expresaba esta idea diciendo: “Niega tus deseos y hallarás lo que desea tu corazón” (*Dichos*, 15).

Eros: el deseo amoroso

El deseo se encuentra presente de modo primario y directo en el ámbito de nuestro mundo afectivo-sexual. El deseo se manifiesta ligado esencialmente a la corporalidad. En ningún otro espacio como el de la sexualidad se puede activar la aspiración a lograr una fusión que rompa los límites que impone la distancia y diferencia entre las personas. La búsqueda del otro en el abrazo corporal o en el encuentro sexual pretende en el fondo

regresar a un estado anterior en el que no existía la dualidad y la separación que impone la diferenciación de los sexos.

El amor apasionado (*eros*, decían los griegos) está llamado a convertir el objeto del deseo en irremplazable, único e irrepetible. Hay una primera fidelidad del amor que surge de la necesidad de contar con el otro y ser reconocido por el otro, porque se percibe en él la presencia de un apoyo sin el cual la persona se perdería. El psicoanalista italiano Massimo Recalcati lo expresa muy sugestivamente:

“Nacemos a través de un grito como manifestación del abandono absoluto al que ha sido arrojada nuestra vida, y es solo la respuesta del Otro lo que hace posible la traducción significativa del grito como llamada. Es ésta la tarea primaria del Otro: saber cómo responder a la llamada, no dejar que el grito caiga en el vacío, socorrer la vida que grita, traducir el grito en petición de amor”².

A medida que el amor de los amantes evoluciona, va surgiendo aquella fidelidad del deseo amoroso que convierte la casualidad del encuentro inicial en un destino, en la necesidad del “para siempre”; y no solo por el desearlo al otro, sino por el desear vivir con el otro y para el otro. El que ama percibe que en el amar, en el donarse al otro, se produce un incremento de sí mismo, no un empobrecimiento. Por eso la fidelidad es una condición esencial del amor.

La fidelidad insiste en permanecer en lo mismo y querer lo mismo para encontrar en lo mismo lo otro, lo nuevo. El deseo unido al amor no busca lo nuevo como alternativa de lo idéntico, sino como insistencia que sabe abrir nuevos mundos como dimensiones que se hallan dentro de lo idéntico. La novedad que siempre busca este deseo no está en el *zapping* disperso de vínculos nuevos, sino en la renovación creativa del mismo amor de siempre. La fidelidad es la expresión de la obstinación del deseo que busca lo mismo cada vez nuevo.

El surgimiento del deseo amoroso no puede provocarse más que a través de un encuentro. Somos deseo de un encuentro. El encuentro con el otro hace surgir algo nuevo. Por eso moviliza y traslada mi persona hacia el otro, vivificando mi propia vida. Cuando la alteridad irrumpe en mí, provoca un debilitamiento de mi yo egocéntrico ya que me siento irresistiblemente atraído por el otro. Se pierde seguridad y control. Surge una cierta confusión. La alteridad del otro se me impone.

Por eso el sujeto que se siente atraído por el otro ingresa a una experiencia tan atractiva como riesgosa. Por un lado, el deseo queda atraído por el nuevo objeto, la nueva sensación, el nuevo encuentro, el nuevo amor. Entonces convergen el deseo del otro con el deseo de donación al otro. Entonces la persona queda de algún modo a merced del amado porque todo amor supone la exposición absoluta al otro. Pero este encuentro inicial no excluye la posibilidad de su apartamiento o separación. El gozo y el riesgo conviven en la experiencia amorosa.

El primer conflicto en el deseo del otro es el encuentro imprescindible con su alteridad. Es un choque irremediable. El otro es otro, no la encarnación de mi idealización o de mis necesidades proyectadas sobre él. El amor decepcionado es con frecuencia el amor más idealizado. Al comienzo de una relación el encuentro que disparó el deseo es

² *Ya no es como antes. Elogio del perdón en la vida amorosa*. Barcelona, 2015.

un encuentro con el otro idealizado, o sea, el encuentro en el otro conmigo mismo y mis necesidades. Pero el encuentro verdadero de uno con otro solo será posible con la realidad del otro, con su alteridad.

El amante desea al otro y desea ser deseado por el otro. No lo desea solo como objeto, sino como un sujeto que desea al que lo desea. Este cruce de deseos recíprocos como componente esencial del amor de los amantes tiene una condición esencial. El que ama desea ser amado *libremente*. No quiere que su amado sea su prisionero. Quiere que la persona amada sea suya pero *libremente* suya. Desea el deseo espontáneo del otro.

Deseo y anhelo

El deseo habla de ausencia y de búsqueda de lo ausente. El deseo es amor carenciado. Entre nuestro deseo y su realización siempre existe una distancia. Nada nos colma en plenitud y toda saciedad es fugaz. El deseo nos deja siempre más acá de lo deseado, nos deja siempre con hambre. Un millón de besos no apagan el deseo de besar y ser besado. El deseo parece saciarse solo con infinitud y eternidad. Por eso estar vivo equivale a desear y reconocerse insatisfecho.

Esta contrariedad propia del deseo sólo se puede asumir si nos convertimos en seres de esperanza. El deseo nos expone a la angustia por la ausencia de lo deseado, pero también nos abre a la esperanza. El deseo evita caer en el capricho cuando es transfigurado en anhelo, convirtiéndose así en esperanza. Es una búsqueda, una tendencia irrenunciable pero no como conquista, sino como apertura a un don que me fue prometido.

El deseo nos pone en movimiento y en búsqueda de algo o alguien que nos falta: es la tensión hacia algo más. No podemos dejar de desear ya que aquello que anhelamos nos pertenece porque nos fue dado. En realidad, nosotros le pertenecemos. Lo deseado nos dice que nosotros somos atraídos por un don que Dios desea darnos y es él mismo.

San Agustín decía: *“Toda la vida del buen cristiano es un santo deseo. Lo que deseas no lo ves todavía, pero por tu deseo te haces capaz de ser saciado cuando llegue el momento de la visión. Dios, difiriendo su promesa, ensancha el deseo; con el deseo, ensancha el alma y, ensanchándola, la hace capaz de sus dones. Deseemos, pues, hermanos, ya que hemos de ser colmados. Tal es nuestra vida: ejercitarnos en el deseo. Ahora bien, este santo deseo está en proporción directa de nuestro desasimiento de los deseos que suscita el amor del mundo. Ya hemos dicho en otra parte que un recipiente, para ser llenado, tiene que estar vacío”*³.

Nuestra condición espiritual consiste fundamentalmente en el hecho de estar interiormente atraídos por Dios. El espíritu es deseo de Dios. Es Dios quien pone y no deja de poner en el hombre el deseo de él, de modo que este deseo no es otra cosa que su propio llamado, su propio e irrenunciable deseo de nosotros. Es porque Dios quiere donarse al hombre, que éste busca incesantemente ese Otro esencial que posee los rasgos de un Amor Absoluto. Nos dice el Catecismo de la Iglesia Católica que *“el deseo de Dios está inscrito en el corazón del hombre, porque el hombre ha sido creado por Dios y para Dios; y Dios no cesa de atraer hacia sí al hombre”* (n. 27), y también: *“Dios tiene sed de que el hombre tenga sed de Él”* (n. 2560).

³ Tratado sobre la primera carta de san Juan, 4.

El hombre *“no se satisface con menos que Dios”*, decía San Juan de la Cruz⁴. Nuestros amores humanos y las experiencias de gozo que nos regale la vida solo podrán saciar parcialmente nuestras ansias de amor y plenitud. Pero para ello es necesario que se le reconozca su condición de limitadas. Cualquier “otro humano”, no siendo suficientemente todo para nosotros, se constituye en *signo* que señala al “Otro divino” portador de un Amor mayor.

Nuestra sed de Dios

La espiritualidad cristiana encuentra en la Palabra de Dios testimonios muy vivos de nuestro deseo de Dios. En el lenguaje bíblico este profundo deseo es un anhelo y una esperanza. La imagen que se repite es la de la “sed”.

Dice el Salmo 42: *“Como la cierva sedienta busca las corrientes de agua, así mi alma suspira por ti, mi Dios. Mi alma tiene sed de Dios, del Dios viviente: ¿Cuándo iré a contemplar el rostro de Dios?”* Jesús se manifestó de manera solemne en el templo de Jerusalén como capaz de saciar esta sed. Dice: *“El que tenga sed, venga a mí y beba el que cree en mí”* (Juan 7,37).

El evangelio de san Juan nos regala una escena muy simbólica en esta dirección. Se trata del diálogo que el Señor mantiene con la mujer samaritana junto al pozo de Jacob. *“Jesús le dijo: “Dame de beber”. La samaritana le respondió: “¡Cómo! ¿Tú, que eres judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?” ... Jesús le respondió: “Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice: “Dame de beber”, tú misma se lo hubieras pedido, y él te habría dado agua viva”*” (Juan 4,7-10).

Jesús parece decírnoslo hoy a nosotros: *“Si conocieras el don de Dios, si supieras de verdad de qué tienes sed, yo te habría dado todo mi amor y no tendrías que buscar lo infinito en lo finito, lo ilimitado en lo limitado, lo divino en lo mundano”*.

Solo lo divino es capaz de saciarnos, como lo dice el mismo Jesús: *“El que beba de esta agua tendrá nuevamente sed, pero el que beba del agua que yo le daré, nunca más volverá a tener sed. El agua que yo le daré se convertirá en él en manantial que brotará hasta la Vida eterna”* (Juan 14,13-14). En la catequesis sobre el pan de vida, Jesús decía algo parecido: *“El que cree en mí jamás tendrá sed”* (Juan 6,35).

Nuestra sed de amor no es sino la atracción que ejerce en lo profundo de nuestro corazón la sed y el deseo que Jesús tiene de donarnos el ardor de su amor. Refiriéndose a su entrega amorosa en la pasión, Jesús dice: *“Yo he venido a traer fuego sobre la tierra, ¡y cómo desearía que ya estuviera ardiendo!”* (Lucas 12,49). Y en la última cena abre su corazón a sus discípulos, diciéndoles: *“He deseado ardientemente comer esta Pascua con ustedes antes de mi Pasión”* (Lucas 22,15). Deseo ardiente de comer la pascua, deseo de que arda su amor. A ese deseo pertenecemos. Somos deseados con ardor por Jesús y por Dios. Me pregunto si ese deseo enciende o no el nuestro. Porque ser cristiano no es tanto seguir una figura ética, sino estar encendido por el amor que Dios nos tiene y desear ardientemente vivir ese amor. Nuestra única verdadera falta en la vida sería la de no haber deseado, no haber explorado nuestro deseo puesto por Dios en lo profundo de nuestro corazón, haberlo menoscabado o prostituido en la banalidad o el materialismo.

⁴ Cántico B, 35,1.

Con su ardiente deseo de saciar el nuestro, Jesús cumple las palabras proféticas de Isaías: *“¡Vengan a tomar agua, todos los sedientos, y el que no tenga dinero, venga también! Coman gratuitamente su ración de trigo, y sin pagar, tomen vino y leche. ¿Por qué gastan dinero en algo que no alimenta y sus ganancias, en algo que no sacia? Háganme caso, y comerán buena comida, se deleitarán con sabrosos manjares”* (55,1-3).

Esta saciedad profunda del corazón solo es posible experimentarla en ese estado del “ya pero todavía no”, propio de la esperanza. Por eso en el libro de la esperanza cristiana que es el Apocalipsis, Juan afirma: *“El Espíritu y la Esposa dicen: “¡Ven!”, y el que escucha debe decir: “¡Ven!”. Que venga el que tiene sed, y el que quiera, que beba gratuitamente del agua de la vida”* (22,17).

Solo buscando el agua de la vida, poniendo nuestro anhelo más profundo en aquel amor de Dios al que fuimos llamados, aceptaremos la limitación de cualquier otro amor y de todo gozo. Los recibiremos agradecidos y lo acrecentaremos esperanzados, siempre con la conciencia de que solo encontraremos saciedad en Dios y en el cielo.

San Agustín describe esa sed de Dios acercándonos a su experiencia mística: *“¿Deseas a Dios? ¿Quién ve tu deseo sino Dios? En efecto, ¿a quién pides que te dé a Dios, como pides pan, agua, oro, plata o trigo? ¿A quién pides que te dé a Dios sino a Dios? Su persona se le pide a él mismo, que ha prometido su persona... Puede ser deseado, puede ser anhelado, puede suspirarse por ello; pero no puede ser pensado dignamente ni las palabras pueden explicarlo”*⁵.

Conclusión

*"¿No ardía acaso nuestro corazón,
mientras nos hablaba en el camino
y nos explicaba las Escrituras?"*

(Lucas 24,32).

⁵ *Tratados sobre el evangelio de san Juan*, 34,7.